

PAPIRO

Día 2
8 de junio de 1921

Ardid

Valle de los Reyes - Egipto.

Mientras caminaba por el polvoriento sendero del Valle de los Reyes, Nafir no podía evitar sentirse diminuto entre las antiguas tumbas que se erguían como guardianes de secretos milenarios. Las sombras proyectadas por las montañas circundantes parecían susurrar historias de un pasado glorioso y misterioso.

Se detuvo enfrente de la más alta. Sus pensamientos se remontaron al pasado, sumergiéndolo en su preocupación por descifrar el papiro y encontrar lo antes posible la fórmula del antídoto que lo sanaría. Ansiaba recuperar los fragmentos restantes que permanecían en la tumba. Necesitaba descifrar cada jeroglífico para corroborar su teoría sobre el Papiro Ebers. Recordó las creencias de sus colegas, quienes sostenían que el documento había sido redactado a partir de otros papiros más antiguos. Si hallaba contenido idéntico en ambos papiros, confirmaría su teoría.

—Abdul, ve por los excavadores; urge abrir la tumba.

Abdul movió la cabeza a ambos lados, dudoso.

—¿Por qué insiste en eso, doctor?

—Necesito el resto de los fragmentos —contestó Nafir, sorprendido.

—Pero puede consultar el Papiro Ebers, enviando sus preguntas a Alemania. Allí lo tienen, bajo estudio, en la Biblioteca de Leipzig*.

Nafir soltó una risa amarga. La inocencia de Abdul rayaba en lo infantil.

—¿Y quién lo estudia? ¿Quién decide qué nos permiten leer?

Abdul titubeó.

—Bueno... egiptólogos, historiadores... gente del medio, personas que...

Nafir lo interrumpió.

—El papiro tiene más de 700 recetas médicas, algunas tan precisas que ni la ciencia moderna puede explicarlas del todo. Pero hay huecos, pasajes oscuros. ¿Por qué crees que los registros sobre la medicina sagrada de Egipto desaparecieron?

Abdul frunció el ceño.

—¿Quiere decir que el Papiro Sermy...?

Nafir asintió.

—Si encontramos el original, veremos qué parte de la verdad han ocultado.

El silencio cayó entre ambos. Afuera, el viento removió la arena, como si la misma historia tratara de desenterrarse a sí misma.

Abdul, algo reacio, acató la orden y fue en busca de ayuda. Después de intensas horas de trabajo, lograron abrir la entrada. Estaban a punto de ingresar a la tumba cuando, para su sorpresa, escucharon el ruido de un vehículo acercándose rápidamente. El automóvil se detuvo y dos hombres uniformados descendieron. Uno de ellos se acercó y dijo: —Soy el supervisor del Servicio de Antigüedades. Necesito revisar su concesión.

A Nafir no le gustó el tono de voz. Volteó a mirarlo y le pareció conocido. Su último encuentro no había sido grato. En aquella ocasión, las exigencias del supervisor habían ido más allá de lo profesional, insinuando una profunda aversión hacia los extranjeros que excavaban la tierra de sus ancestros. Sin embargo, no estaba seguro de si era el mismo. Todos vestían igual y se confundían. Fastidiado por la interrupción, ocultó su disgusto y, sacando un papel de su bolsillo, lo entregó mientras respondía: —Solo tenemos un permiso temporal.

El supervisor tomó el papel y entró a la tumba para revisar que todo estuviera en orden. Minutos después salió y utilizó unas cuerdas del automóvil para bloquear la entrada, anunciando: —Permanecerá cerrada hasta que revisemos su permiso. Acto seguido, se marcharon, llevándose el papel.

—¡No puede ser! —lamentó Nafir.

No podía creer lo sucedido. —Parece que los antiguos dioses de Egipto aún protegen a sus faraones para que no sean molestados en sus tumbas —comentó, para luego aclarar: —Según los encantamientos que los sacerdotes recitaban en la ceremonia de enterramiento, invocando a deidades como Anubis para guiar el alma del faraón en su viaje al más allá, y a Osiris para juzgar su valor en la eternidad.

Mientras el polvo se asentaba tras la partida del vehículo, Nafir permanecía inmóvil, mirando la entrada sellada de la tumba. "Tantos años de estudio y búsqueda", pensó, "¿todo para ser obstruido por la burocracia?" Esta pausa forzada le hizo sentir la carga del tiempo perdido, cada segundo era un recordatorio punzante de su dilema inminente.

Aún no se reponía del asombro cuando vio que el automóvil regresaba:
—¿Y ahora qué? —refunfuñó Nafir.

—Ya solo falta que nos lleven a nosotros —bromeó Abdul.

Sin bajarse del vehículo, el conductor preguntó:
—Su permiso indica que usted es el Dr. Taruf, ¿es correcto?

—Sí —contestó Nafir, preocupado.

El conductor sacó dos papeles parecidos a telegramas y dijo:
—Esto es para usted, doctor. Llegaron de Estados Unidos.

Mientras extendía la mano para entregarlos, aclaró:
—Uno de ellos llegó hace días.

Nafir no le dio importancia a los papeles que le entregaron. Seguía preocupado por el cierre de la tumba y buscó convencer al supervisor de que la abriera, diciendo: —¿No hay alguna manera de que podamos continuar nuestro trabajo? Los días son cruciales para nuestra investigación.

El supervisor, con una sonrisa fría, respondió.
—Las reglas son claras, Dr. Taruf. No podemos hacer excepciones. El legado de Egipto debe ser protegido de la rapiña y el descuido. Dicho esto, encendió el auto y se marchó, riéndose mientras se despedía, alzando la mano izquierda por fuera de la ventanilla.

Nafir, desconcertado, desdobló el primer telegrama:
"Max se accidentó, está inconsciente".

Las palabras golpeaban su mente como un martillo. Antes de que pudiera procesar completamente esta noticia, sus ojos se deslizaron hacia el segundo mensaje:
"Max ya abrió los ojos".

Un alivio momentáneo lo hizo suspirar, pero fue rápidamente sofocado por el peso de la culpa y el arrepentimiento. "He estado tan absorto en mis ambiciones... He descuidado lo más precioso de mi vida", se reprochó. Las lágrimas apenas circundaban sus párpados, pero su llanto interior se desbordaba, como un torrente que irrumpe sin aviso.

Abdul, al ver que a Nafir le temblaban las piernas, acudió en su ayuda. Mientras lo sostenía, preguntó:

—Doctor, ¿qué sucede?

Nafir permaneció en silencio, apretando los telegramas en su mano, sintiendo un nudo en la garganta. Su rostro reflejaba un profundo tormento. Entregó los telegramas a Abdul y se alejó lentamente, levantando la mirada al cielo.

La adversidad había opacado su rayo de gloria, apenas una noche después del crucial descubrimiento. Nafir tenía que elegir entre avanzar en la búsqueda del papiro o ir en busca de su hijo. El dilema se notaba en su rostro compungido e indeciso.

Abdul leyó los mensajes y preguntó:

—¿Irá a verlo? —y añadió— ¿va a suspender la búsqueda?

Aún tambaleante, Nafir contestó en voz baja:

—Si viajo a América sin el antídoto, moriré antes de llegar.

Abdul argumentó:

—Pero su hijo lo necesita.

Nafir guardó silencio y asintió con la cabeza, dirigiéndose hacia la tumba. Poco después se escuchó un "¡Rash—Zzun!" cuando, desesperado, comenzó a quitar las sogas que bloqueaban la entrada.

—¿Qué hace, doctor? —preguntó Abdul, asombrado por lo que veía.

—No puedo esperar más —respondió Nafir, mientras entraba frenéticamente la tumba. Se inclinó hacia el suelo, tanteando en la oscuridad, palpando las esquinas y los huecos entre las piedras con una ansiedad que le encogía el pecho. Su respiración se volvió entrecortada antes de explotar en una exclamación:

—¡No están! —gritó, su voz quebrada por la desesperación—. ¡Se los llevaron!

Abdul palideció. —Doctor... eso significa...

Nafir se quedó inmóvil. Su respiración se volvió pesada. Un pensamiento gélido lo recorrió: "Nos han saboteado. Nos vigilan" Su mandíbula se tensó. Luego, golpeó con el puño la columna. "Los muy bastardos nos distrajerón para tomar los fragmentos antes de sellar la tumba", se dijo así mismo mientras salía:

—Significa que alguien ya sabe lo que estamos buscando. Y no quiere que lo encontremos.

Se llevó la mano al mentón. No había sido un robo improvisado ni el acto de saqueadores, sino un movimiento premeditado, autorizado y ejecutado por quienes dictaban las reglas.

—A pesar de todo, no podrán descifrarlo —dijo Nafir con una sonrisa amarga—. Necesitan nuestros fragmentos. Sin ellos, los jeroglíficos están incompletos.

Abdul tragó saliva.

—Doctor... ¿qué vamos a hacer ahora?

El viento rugió afuera, levantando la arena en torbellinos. Nafir se quedó mirando la oscuridad de la tumba, sus pensamientos acelerados. Su dilema era más grande que nunca. O enfrentaba la maquinaria de poder que le impedía acceder a la verdad o abandonaba su misión y regresaba con su hijo.

Nafir permaneció pensativo varios minutos, preguntándose en silencio: —¿Qué debo hacer? Reflexionaba mientras caminaba en círculos con los brazos cruzados detrás de la cintura, sabiendo que su decisión no solo era difícil, sino que podría cambiar el curso de la historia. Se detuvo y volvió a mirar el cielo, como buscando la respuesta en lo alto. Este gesto fue inusual; como racionalista, priorizaba la razón sobre la fe y no aceptaba dogmas que limitaran el libre albedrío. En la tenue luz del atardecer, Nafir y Abdul trazaron un plan apresurado.

—Debemos actuar rápido, antes de que esos fragmentos desaparezcan en los laberintos del burocratismo o la codicia —dijo Nafir, delineando un esbozo del campamento y sus alrededores en la arena con un palo.

Justo entonces, escuchó gritos y pasos apresurados detrás de él. Varias personas corrían y pasaban cerca. De repente, todo se oscureció a su alrededor, como si el sol se hubiera retirado avergonzado, dejando solo la ira del desierto en forma de una tormenta de arena. A medida que se acercaba, el día se transformaba en noche. Nafir y Abdul, con la ropa azotada por el viento, luchaban por avanzar contra la marea de arena. Los granos, como diminutas agujas, golpeaban su piel, obligándolos a cubrirse el rostro con cualquier prenda a mano. Alcanzaron el refugio justo cuando el mundo exterior desaparecía detrás de un velo de arena y polvo, y el estruendo de la tormenta ahogaba todo otro sonido.

—¡Sólo esto me faltaba! — se lamentó Nafir, aventando el sombrero al suelo.

—Pero llegamos — dijo Abdul mientras se persignaba, aún asustado.

Mientras observaban cómo la tormenta envolvía el paisaje, Nafir se volvió hacia Abdul, su rostro iluminado por breves destellos de luz.

—Tienes razón, Abdul. A veces, la mejor solución es esperar— afirmó Nafir.

—Todavía hay mucho por descubrir— murmuró mientras se sacudía la arena y recordaba con consternación la primera vez que su hijo le acarició el rostro y dijo: —pa, pa.

Mientras la tormenta azotaba su refugio, Nafir captó de reojo un auto volcado. A su lado dos hombres de uniforme se aferraban a las puertas, pero no lograba reconocerlos. Para él, todos eran iguales. "Incluso los que imponen las reglas no pueden escapar de la furia del desierto", reflexionó. Este pensamiento le recordó que, en la búsqueda de la verdad, todos enfrentamos obstáculos, ya sean tormentas de arena o barreras burocráticas. Los hombres, sujetos al vehículo, simbolizaban la lucha universal contra el destino incontrolable, resonando profundamente con el propio dilema de Nafir.

Abdul se acercó a Nafir, siguiendo su mirada hacia el auto volcado.

—Doctor, ¿cree que la tormenta es un presagio? —preguntó, su voz apenas audible sobre el rugido del viento.

Nafir, contemplando la escena, asintió lentamente.

—Quizás —dijo—, o quizás es un recordatorio de que, al final, todos estamos a merced de las mismas fuerzas, ya seamos reyes o no.

Esta reflexión reafirmó su determinación de seguir desentrañando los secretos guardados durante tanto tiempo, conectando su lucha personal con la historia milenaria que buscaba revelar. Aunque le dolía su hijo, no había forma de acudir en su auxilio. La sabia e impredecible naturaleza había enviado la tormenta, forzando el cierre de puertos a la navegación.

Parecía que los faraones estaban ansiosos por revelar sus secretos y evitar que Nafir abandonara Egipto, invitándolo misteriosamente a seguir explorando sus tumbas. La calma parecía regresar cuando, de pronto...

—¡Doctor, doctor!

Nafir se estremeció.

—¿Qué pasa? —respondió sobresaltado, esperando lo peor.

—¡El camello! —exclamó Abdul, llevándose las manos a la cabeza mientras veía al dromedario alejarse de ellos.

Nafir entrecerró los ojos, tratando de vislumbrarlo en medio de la tormenta, sin entender lo que sucedía. Abdul, sin embargo, no apartaba la vista del camello, su angustia era evidente.

—Me alarmaste en vano —dijo Nafir, restándole importancia—. Déjalo ir.

El rostro de Abdul cambió de color. No era solo el animal lo que le preocupaba, sino los fragmentos que había “ocultado” en la montura al ver a los supervisores. Su iniciativa, que en un principio parecía prudente, ahora los ponía contra la pared.

Afuera, la arena seguía golpeando con furia. Adentro, Abdul se restregaba la cara, miraba fijamente a Nafir, abrumado por el peso de la indecisión. No sabía si confesarle su error o correr tras el camello antes de que fuera tarde.

Ajeno al desastre que su partida causaba, el camello siguió su marcha, quizás llevando en su joroba la fórmula del antídoto. Abdul seguía lamentándose en silencio. Si no reaccionaba, el camello desaparecería tras la duna, buscando refugio de la tormenta que devoraba todo a su paso.

* El Papiro Ebers se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Leipzig, conocida como Bibliotheca Albertina. Esta biblioteca posee la colección más grande y mejor conservada de papiros médicos del antiguo Egipto, y el Papiro Ebers es uno de sus tesoros más destacados.

https://www.ub.uni-leipzig.de/en/about-us/exhibitions/permanent-exhibition/ebers-papyrus?utm_source=chatgpt.com

Fernando Perales